

EDITORIAL

Revisando los artículos que esperaban la publicación de esta revista en los últimos días del 2019, encontré sin haberlo planeado, textos que resultaban especialmente actuales. En el “estallido social” complejo que hemos vivido estos últimos meses, los diversos manifestantes parecen confundirse en una “fuerza insurreccional” sin cabeza y sin discurso coherente, que se dirigiría eventualmente a cambiar (barrer con) toda estructura abusiva, pero que con el correr de las semanas tendió, en uno de sus brazos, al curso de una descarga (excitatoria) de frustraciones, odios y malestares, que podría convertir el clima en un “caos” propio de sujetos (mentes) que no hubieran recibido nunca el amor que inculca la idea de que la vida tiene sentido y que les permitiría crecer.

Los escritos que publicamos aquí plantean una serie de ideas que pueden enriquecer la reflexión sobre lo que estamos viviendo más allá de nuestro trabajo psicoanalítico.

En primer lugar, la serie de artículos sobre la Pulsión de Muerte cuya publicación iniciamos en este número, describen distintas formas de pensar sobre esta poderosa fuerza que según Freud no puede ser pensada sino en relación con la Pulsión de Vida. Son parte de los coloquios que se efectuaron en medio de la crisis de APCh que significó la escisión de nuestra Sociedad en los años 2017 y 2018. Desde la teoría de Klein que describe Marcela Fuentes, recogemos la asociación de este concepto con la idea de que “los miedos transforman al otro en potencial agresor”. Francisco O’Ryan expone las ideas de David Bell, subrayando su correspondencia con la premisa del rechazo a la pérdida del sentimiento de omnipotencia infantil que “lleva a destruir la capacidad de percibir, evadir el pensamiento y por lo tanto el conocimiento”. Desde la teoría de Green, Marie France Brunet señala que “la función esencial de la Pulsión de Muerte es la desobjetalización (des-ligadura)”, y que ésta supone ataques al pensamiento que desencadenan vivencias de vacío y de falta de sentido. Sin embargo des-ligadura coexiste con ligadura, vínculo, “investidura significativa” que otorga “fuerza y sentido”.

Mención especial merece el escrito de Pilar Cubillos que ahonda en las manifestaciones de la Pulsión de Muerte en la vida social, explicando, de manera muy atinente, cómo la violencia grupal es catastrófica cuando instaura el terror mediante la desarticulación y la destrucción (odio por lo viviente) de la unidad-identidad (amor por la variedad). Recoge también la idea de que otorga al hombre la posibilidad de cuestionarse, desvincular lo fuertemente vinculado, quebrar identidades defensivas y sacudir las estructuras establecidas. Explica la noción de Kaës acerca de cómo la intolerancia de cualquier grupo intersubjetivo a manifestaciones violentas de alguna de sus partes -posibles chivos emisarios del mismo grupo-, “no hacen más que aumentar la fuerza de los componentes propiamente letales de la Pulsión de Muerte” y, que la forma en que el grupo pueda contener y comprender las tensiones que surgen en su interior definirá el destino de la destructividad. Señala que en las comunidades se producen contratos de “apuntalamiento mutuo” en donde las diferencias se hacen inconscientes, y la ruptura de ellos puede provocar la emergencia de una violencia antes contenida en el “pacto”. La elaboración no puede apresurarse si quiere alcanzar una rectificación de las “pautas identificatorias” superiores. Muy interesante parece el concepto de “tanatóforo” -portador de la muerte- de Diet que surge en momentos de crisis “frente a la imposibilidad de metabolización” de las experiencias del grupo, generando movimientos que otros miembros tienden a vivir como “destrozo institucional”.

Todas estas pinceladas que menciono al pasar -y enlace superficialmente con los últimos eventos sociales- son desarrolladas en estos escritos de manera más profusa y detallada. Pero además, ya en 2011, el Dr. Pablo Santander mencionaba -en una carta al Director de esta misma revista- que la desarticulación entre canales políticos y manifestaciones masivas (de estudiantes, en este caso), puede comprenderse como falta de contención de ideas como educación, inequidad, lucro, calidad; lo mismo que escuchamos ahora. Un conocimiento que estaba ahí y con el que se quería/quiere perder contacto, que hace intuir sensaciones de hostilidad, aires de superioridad, desconfianzas y continentes estrechos; una

dificultad para contener fuerzas presentes en nuestra república, para comprenderlas y elaborarlas.

Por otra parte, los trabajos de Javier Camus y Juan Dittborn C. -nuevos analistas de nuestra Asociación- presentados en esta edición recogen conceptos de pensadores latinoamericanos como los Baranger, José Bleger, Pichon-Rivière entre otros, y los examinan junto a los de analistas de otras culturas. Desarrollan ideas como las de baluartes y pensamiento dialéctico, y apuntan al estudio de la simbiosis en marcos que van desde el de la “fantasía inconsciente bi-personal” al de los “refugios psíquicos”. Permiten discriminar de manera fina y aguda por un lado, y comprender de manera más entera y compleja a la vez, tanto relaciones intersubjetivas del paciente como las de éste con la realidad, para evitar los aspectos dolorosos de la experiencia.

Muy cerca de ellos está el trabajo de Antonia Grimalt quien, de la mano de Bion, hace una rica descripción del fracaso para establecer vínculos entre imágenes, emociones y sensaciones. El fracaso hace que, en vez de contener las experiencias para modificarlas, las captura para neutralizarlas; la personalidad, sintiéndose demasiado frágil, recurre a la evacuación en vez de comprender y transformar.

En nuestro país, la fuerza coercitiva del estado no ha resultado eficaz. Las manifestaciones sociales y la destrucción se enredaron; el miedo y el odio emergieron con fuerza entre nosotros; soberbias, hostilidades, desconfianzas y abusos comenzaron a ser “evacuados”. Podemos acercarnos peligrosamente a vivir en un “estado de guerra” que al decir de Hobbes, lleva al hombre a una vida “solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve”. En sectores importantes de nuestra sociedad las carencias se habían acumulado; la inequidad era/es abrumadora; la injusticia es/era profunda. Todo este país “exitoso” se puede desmoronar en poco tiempo y la violencia, como fuerza de transformación, puede comenzar a validarse entre muchos (demasiados) sin cuestionamiento claro.

Creo que seguimos en el tema con Hernán Davanzo, un *sénior* entre nuestros analistas, que escribe sobre “fanatismo”. Describe las diferencias entre formas de comunicación, sugiriendo la presencia de razonamientos dogmáticos simples, que expresan “verdades” mediante “actuaciones destructivas” que ellos mismos (los fanáticos) creen tener que imponer desde posiciones omnipotentes (narcisistas) que ignoran al “otro”.

Pablo Santander toma una perspectiva distinta pero no tanto. Señala que “el amor y la muerte no son contrarios u opuestos, sino que son parte de la misma pasión”. Repasa el amor entre adolescentes -en obra de Shakespeare- dispuestos a morir por lo que quieren -desafiando la autoridad. Se acerca a las principales conflictivas de la histeria tocando temas como rivalidad y odiosidad, surgidos en función de afianzar la identidad cuando ésta es cuestionada.

Cierra los artículos de esta revista una interesante presentación del Grupo de Historia y Psicoanálisis compuesto por Angela Farrán, Javier Ravinet, Pablo Santander y Carmen Luz Silva, contando la historia de Arturo Prat “-héroe nacional, de los que hoy echamos de menos-”, un “ideal” guiado por principios “universales” que reuniendo valores “patrios”, propone una identidad nacional que señala la posibilidad de “transformar una derrota en victoria”.

Sigue un aire fresco y humano que nos arraiga aún más en la realidad, en la entrevista que realizaron María Luisa Barros, Andrea Florenzano, Patricia Olguín, Gabriel Rivera y Sebastián Santa Cruz, a Virginia Ungar, primera presidenta mujer de IPA, cuando vino a Chile. Ahí se habla de compromiso en el trabajo con el paciente y con la comunidad, fomentando la idea del intercambio entre candidatos, pero aludiendo principalmente al apuntalamiento mutuo que nos protege, que nos ayuda a pensar y a crecer.

En nuestra Asociación se integran nuevos miembros; seguimos conectándonos con analistas de otros países; editamos RE-CREACIONES, un libro conmemorativo de los 70 años de APCh que celebramos en agosto con muchos analistas y cercanos; la vida se desarrolla con una fuerza que (nos) sorprende. Del psicoanálisis hemos aprendido que las raíces del pensamiento se encuentran en la “frustración” (no excesiva) porque la necesidad se vuelve

deseo y desencadena la imaginación; la angustia y la creación, la ausencia y la representación van de la mano. La creatividad y el desarrollo del aparato psíquico se ven favorecidas por la interacción humana cuando existe la capacidad de contener, cuando existe “una buena gestión de las excitaciones” y puede establecerse un “sentimiento de existir” suficiente (Bizot y Millot, 1992). El aparato pensante permite hacer frente a las carencias y la espera, transformando recuerdos y organizando acciones progresivamente más complejas; se trata de un proceso continuo de transformación, no de acumulación de representaciones (Varela, 1989).

El comentario de la película *La piel que habito*, es una discusión del comentario anterior del analista de nuestra Asociación, Javier Pinto. Recorre las distinciones entre personalidad antisocial y psicopatía, en los marcos de la psiquiatría y la sociología. Tal vez ameritaría proponer una invitación a seguir esta interesante discusión con otro escrito que ahondara en puntos de vista psicoanalíticos más elaborados.

Por último, cierran esta edición dos cartas: una sobre el Sename y otra, escrita como epístola de un lego a Freud. La primera trata de la crisis que enfrenta esta institución y la inmensa cantidad de niños y adolescentes que acuden a ella, sufriendo de una “disposición al desafío y a la agresividad” que los lleva a actuar en contra de la autoridad, e implica un reto enorme al estado y a nuestra sociedad. La segunda, de una forma que puede parecernos cándida, se dirige a Freud mostrando una trayectoria del psicoanálisis que renueva el espíritu y compromete a continuar el trabajo emprendido por el maestro, buscando un diálogo que demanda (su) ayuda.

Según Bion, el psicoanálisis busca un cambio del aparato psíquico que le permita al ser humano aprender de la experiencia y, los analistas sabemos que su capacidad de “creer en la bondad y verdad” del método (y del analista con que trabaja) permiten hacer frente y/o superar las crisis.

M. Angeles Vergara S.